

12 Rs. al mes.

LA TRIBUNA.

BIBLIOTECA NACIONAL CHILENA. SECCION al año. ESTAS CHILENAS.

Precios i condiciones de la suscripcion.

Por un mes doce reales, adelantados. Por tres meses, cuatro pesos 4 reales adelantados. Por seis meses, ocho pesos 5 reales id. Por un año, DIEZ I SEIS PESOS, adelantados. Por cada número suelto, un real.

Avisos i comunicados.

Los avisos de menos de diez lineas un peso por las tres primeras inserciones, i un real por cada una de las siguientes. Los de mayor estension, proporcionalmente. Los avisos que pasen de 40 lineas i los Comunicados sobre asuntos particulares, se insertan a precios convencionales.

Inserciones.

Toda insercion que, conforme a las leyes vijentes, pueda envolver alguna responsabilidad, será garantida a satisfaccion de los Editores por persona residente en Santiago. Se pagan al contado las inserciones que no pertenecen a personas que tengan cuenta abierta en la Oficina. — Son gratis las de interes público.

Imprenta de Julio Belin i C., calle de San Carlos (Huerfanos) N. 25. Agencia en Valparaiso, oficina del Mercurio, calle de la Aduana N. 22.

ESTERIOR.

Esquelas de la ciudad de Washington, i algunas lineas sueltas.

Por F. S. Astaburuaga.

(Conclusion.)

El Washington de Greenough es la figura saliente de este cuadro, el protagonista de esta escena, como lo es de la historia de los Estados-Unidos. Cuando se ve a Washington representado en el mármol, en el lienzo, o se va a visitar sus restos en la sencilla tumba de su filijina morada en Monte de Vernon, el espíritu se siente detenido por un encanto al ver desfilir uno a uno los acontecimientos, hechos i episodios del admirable poema de su vida. Washington, bajo la vista de la teoría del immortal Vico, parece ser el fundador de esta sociedad, uno de esos cíclopes de que habla Homero por donde ha comenzado la historia. Puede considerarse como la expresion del carácter nacional, como designando el tipo del espíritu popular de este país. Washington representa la sociedad a que perteneció; es la unidad en que concurren todas las tendencias i todos los resultados converjentes de la revolucion norte-americana; i a tal unidad se ha dado el nombre de Washington, como se dió el de Homero a la unidad de la civilizacion griega.

Washington está representado en una estatua de colosal estatura, sentado en una silla, desnudo i con un mano suelto que cuelga de la sangria del brazo derecho i cae desde la cintura hasta los pies. Su brazo derecho está doblado en un ángulo recto señalando con el indice el cielo, i el izquierdo alargado hacia adelante en disposicion de presentar una espada envainada que tiene en esa mano. Lleva sandalias a la romana, la espada es romana, el manto es romano, la actitud i todo indican que el artista (de mérito su dudoso) ha copiado un modelo romano, i ha hecho del jenenerar Washington, del tipo i fundador de esta sociedad, un Padre conscripto. El parvito de imitar tanto en literatura i escultura, etc, la escuela clásica, sin embargo del cambio i revoluciones que ha experimentado la sociedad, llevó al autor a cometer un anacronismo, que es mas resaltante en una obra en que abunda el talento artístico i calculada para presentar un signo real, una cifra del carácter, época i hechos del

hombre de los Estados-Unidos. La estatua, tal como es, deja de ser lo que enlaza i expresa todas las circunstancias i filosofía del gran hecho social del siglo XVIII, i pasa a ser un ensayo feliz de escultura segun el gusto de los tiempos de Miguel Anjel.—La circunstancia que representa, segun la idea del artista, es el acto de la resignacion ante el Congreso de la autoridad del jenral en jefe, el 23 de diciembre de 1782.

“No tengo pretensiones de conocer en la escultura,” dice un literato compatriota de Greenough, M. A. H. Everett, “i solo juzgo del mérito de la obra por la mera impresion que hace en mi entendimiento; pero tengo para mí, despues de haber visto los mas célebres modelos de la escultura antigua i moderna que se encuentran en Europa, incluso el Laocoon i el Apolo de Belvedere, i las mas bellas producciones de Canova, Thorwaldsen, Sergel i Chantrey, tengo para mí, digo, que el Washington de Greenough es superior a todos aquellos, i una obra maestra del arte. Parece que la idea se ha tomado del Júpiter Olimpico de Fidias, quien decia que un pasaje de la Iliada le habia inspirado la concepcion del plan de aquella grande obra, gloria de la antigua escultura. Bajo este aspecto la noble produccion de Greenough se enlaza con la poesia de Homero por la lejítima filiacion de jenios hermanos que transmiten sus magnéticos impulsos a lo largo de la linea de siglos intermedios.—Las vastas dimensiones del Júpiter de Fidias pudo hacerlo parecer a la vista un imponente i majestuoso monumento; pero si la voluntaria sumision de un poder superior a la lei moral del deber es, como lo es en verdad, un espectáculo mas sublime, que cualquier ejercicio real del mismo poder sobre naturalezas inferiores, el asunto del escultor norte-americano es entonces mas altamente divino que el de su ilustre prototipo griego. Olimpo, con un movimiento de cejas, la imajinacion se afecta por una gran accion de energia, o poder, pero el corazon permanece frio. Cuando Washington, con un imperio en sus manos resignó su espada ante el Presidente del Congreso, la admiracion por su gran fuerza de alma se mezcla con las mas profundas emociones de deliciosas simpatias.”

En lo que no se puede negar la excelencia del cincel de Mr. Greenough, es en la expresion que ha sabido dar a su estatua, que revela todos los sentimientos morales i la belleza del alma de su héroe, i en haber delineado la verdadera fisonomía i semejanza de Jorge Washington.

INSECTOS DE LUZ.

En las noches oscuras del verano en Washington, cuando apenas se pone el sol, comienzan a revolotar a millares los insectos o moscas de luz de la familia de la luciérnaga (fulgorida). En los bosques circunvecinos, i en los parques del capitolio se ven en inmenso número, despidiendo una luz azulosa i viva, que ofrecen a la vista artificios de fuego i curiosos i divertidos.

En los campos de Chile se encuentran muy pocos de esta familia, pero aquí son muy comunes. Esta especie de luciérnaga es un insecto fusco-pardo de cuatro a seis lineas de largo, bobo i de un vuelo lento; se eleva a veces hasta la copa de los árboles mas altos. Revuela sobre las ramas de estos i sobre el pasto, despidiendo a su voluntad relámpagos i resplandores de luz.

Estos curiosos insectos ejecutan varias figuras de fuego artificiales, que hacen la ilusion de una fiesta en que se juega el arte de una diestra pirotecnia. Revolando sobre el árbol hacen sus descargas de luz fosfórica que, iluminándolo completamente, presentan como una sábana de fuego; ya las hacen por porciones, o ya granado, desplegadas en guerrilla como rompiendo las primeras escaramuzas. Parece una batalla entre millares de combatientes, mirada por un lente de disminucion. Pero cuando se entreveran en las hojas de un árbol exhiben a veces un remeado de un arbolito de fuego artificial, vestido de una luz azul brillante, o despidiendo un vivo i no interrumpido chisporroteo que encandila la vista. A algunos, elevados en la atmósfera, se les equivocarían materialmente con las estrellas de un cielo sereno, si la llama que despiden no fuera tan pronta i a veces instantánea; mas los que son llevados por la brisa de la noche parecen exhalaciones que recorren i cruzan con celeridad el espacio.

Estos insectos de luz abundan en los meses de junio i julio. El fluido fosfórico se contiene en un saquillo diafano en la parte posterior del insecto, el cual contrayéndose lo espele a su voluntad. La luz examiada de cerca tiene un color amarillito, parecido al que arroja el azufre cuando se quema, mas a la distancia es de un azul apacible, puro i brillante como el de las mismas estrellas.

Cuando se los vé en el campo revolando en las noches serenas entre los arboles pudieran tomárselos por esos espíritus luminosos de las relijiones antiguas, que, habitantes de otras esferas, vagan por este mundo proximos a animar el

corpo de algunas de aquellas anjélicas criaturas que tienen sobre la tierra una mision de paz i de ventura....

LAS CATARATAS DEL POTOMAC.

He aquí una caminata que no es del gusto i modo de viajar en los Estados Unidos, i tambien de mi país. Es una caminata a pie i de un tiro por el espacio de 18 millas, metiendonos por bosques i otras cosas, para ir a pasar la noche en un ventorro con honores de posada. Esto ¿por qué?—Por solo ver al dia siguiente con entera libertad i despacio las grandes caidas del rio Potomac, que se hallan 17 millas mas arriba de Washington, i para poder observar el campo i las selvas de la Virginia contiguos al camino que tomamos. Por cierto que ello vale la pena, vale el placer de satisfacer un capricho.

Mr. Lischke, Secretario de la Legacion de Prusia i yo nos metimos a las cuatro i media de la tarde en la diligencia de Georgetown, para tomar nuestro camino. Este corre a lo largo de la orilla izquierda del canal llamado de Chesapeake i Ohio, subiendo la misma ribera del Potomac. Desde Georgetown (dos millas de Washington) comenzó a desarrollarse a nuestra vista una escena de belleza, que variaba bajo las diversas posiciones que íbamos recorriendo. El rio de la capital de la Union estaba tendido a pocos pasos de la izquierda como una sábana de plata, como un lago prolongado cuyas márgenes vestidas del verde ropaje de árboles majestuosos, hacian un hermoso contraste con el tinte plateado de sus aguas. A su márgen derecha tiene su arranque la lujosa vegetacion i los bosques de la Virginia. El rio lento i en su curso imperceptible ve deslizarse sobre su superficie los barquichuelos con la misma facilidad en todas direcciones. Las isletas i pequeños cayos que levantan del fondo sus crestas cetras i algosas, i las sombras de los copes de los árboles proyectándose sobre el rio, formaban los puntos oscuros entre las luces que bañaban su faz. Pedruzcos de terrenos fragosos se avanzan hasta tocar sus aguas, que despues se estenden en planos de cultivadas arboledas i sembrados, donde se alza en un extremo la casa del labrador. A lo lejos se divisa el puente acueducto de Georgetown; i en el cielo se veian flotar grupos de nubes tenidas de rojo i anaranjado. La escena estaba salpicada de todas las bellezas naturales; el paisaje parecía fantástico.

Seguimos siempre el canal, perdimos a ve-

el inmediato a Croustillac: i éste le miró frunciendo el entrecejo.

—¡Hola! compadre, ¿no sois de los nuestros? —Lo soi, amigo, lo soi; amo i venero a nuestro gran rei, le respondí; ¿pero cómo he de brindar si os apoderasteis de mi vaso! añadió tímidamente.

—¡Cómo! ¿por vida del... ¿i por tan poca cosa os esponéis a pasar por un mal frances? exclamó el caballero, encojendose de hombros; i luego añadió:—¿No hai aquí vasos por ventura?... ¡Ea! ¡jeriadost!... ¡jeriadost! pronto, un vaso al señor!—Con que, amigo mio... ¡muy bien ahora en pie todo el mundo i que se repita:—¡A la salud del rei, de nuestro gran rei! Echado el brindis, todos volvieron a sentarse.

El caballero aprovechó este movimiento para hacer que trajesen un plato i un cubierto a su colateral. En seguida acercándose una sopa que tenia en frente, dijo que el mayor desearo al padre Griffon.

—Mi reverendo padre, ¿me permitereis que os sirva de esta sopa de pichonitos?

—¡Por vida del... ¡Vaya, caballero, que os ponéis a todas vuestras anchuras! dijo el capitán incomodado al ver las libertades que se tomaba Croustillac; pero éste le interrumpió diciéndole con afe de gravedad.

—Mi capitán, sé dar a cada cual lo que es debido; el clero es el primer brazo del Estado; i sirviendo primero al reverendo padre que está aquí presente, no solo me puto como buen cristiano, sino que, aprovecho la ocasion de tributar en su respetable persona un sincero homenaje a las virtudes evanjélicas que distinguen i distinguirán siempre a nuestra iglesia.

Esto diciendo sirvió la sopa al padre Griffon.

Des de entonces hacíase bastante difícil al capitán echar de la mesa al atrevido aventurero: en primer lugar no habia podido denegarse al

FOLLETIN.

EL CASTILLO DEL DIABLO,

EL AVENTURERO;

POR BUENICO SUÉ.

(Continuacion.)

Erán en aquel tiempo muy severos los edictos sobre duelos. Cierta dia salió al paso un espedicion muy conocido, llamado Fontenay-Estocada, i le codé con violencia, diciendo:—Guarda... que soi Fontenay-Estocada.—I yo, Croustillac-Cañonazo, contesté el Gascon, hechando a volar su tizona. El resultado fué que Fontenay quedó muerto; i Croustillac obligado a tomar soleta, i a poner el cuerpo en salvo de cualquier pesquiza.

A menudo habia oido hablar el caballero de las fortunas colosales que se improvisaban en las Islas; i así, partió a la Rochela con intencion de embarcarse allí para América. Hizo el camino ya a pie, ya montando caballos de retorno, ya por fin en algun carro. Luego de su llegada, no solo le era preciso pagar su pasaje a bordo de una embarcacion, sino obtener ademas el permiso del intendente de marina para hacer el viaje a las Antillas; tan difícil era para él una cosa como otra; por que Luis XVI, para oponerse a la emigracion de los protestantes habia mandado una severa vijilancia a la policia de los puertos; por otra parte el viaje a la Martinica costaba la friolera de ocho a noventa y seis libras;

i nuestro aventurero en toda su vida habia llegado a ser dueño de la mitad siquiera de esta suma.

Llegó a la Rochela con 10 escudos en el bolsillo, vistiendo un grosero capoton, con la espada al hombro, la cascaca colgada de la cintura, i los calzones liados con esmero; i fué como hombre campechano, a hospedarse en un infeliz bodegon, regularmente frecuentado por marineros. Allí informósse de los buques que estaban próximos a hacerse a la vela, i supo que el Unicornio iba a salir dentro de pocos dias. Frequentaban los patrones de dicho buque el bodegon que el caballero de industria habia escogido por centro de sus operaciones. Largo fuera contar los prodijios de astucia, las descarradas mentiras i locas ofertas con que logró al fin interesar en su suerte el patron encargado del arrojamiento de los toneles de agua dulce en la centina; baste saber que este consistió en ocultarlo dentro de un tonel vacío, i conducirlo así a bordo del Unicornio.

Segun costumbre, los delegados del intendente del puerto i los escribanos del almirantazgo hicieron un registro del buque en el momento de hacerse a la mar, a fin de averiguar si alguien se habia embarcado fraudulentamente. Pero Croustillac se mantuvo quieto en su tonel alineado en medio de las barricas de la sentina; i así se libró de ser descubierto en el minucioso registro que hicieron los agentes del rei. El corazon le dió un salto de alegría al ver zarpar a la embarcacion; no obstante, esperó que pasase algun tiempo antes de dejarse ver, por cuanto sabia muy bien que una vez que el buque en alta mar, no volveria el capitán al puerto para descargar un pasajero embarcado de contrabando.

Croustillac dió formal promesa al tonelero de no declarar por qué medio habia logrado introducirse a bordo.

Un hombre ménos desvergonzado que el caballero de Croustillac se hubiera mantenido a un lado, confundido entre los marineros, temiendo i esperando con zozobra el instante en que el capitán descubriría el fraude; pero Croustillac era hombre de otro temple, i así se dirijió atrevidamente a su objeto por la via mas corta, prefiriendo la mesa del capitán al rancho de los marineros; i no dudó siquiera un momento que se sentaria a la mesa, cuando no de derecho a lo ménos de hecho.

Ya hemos visto que su osadía le salió a pedir de boca.

Tal como le hemos descrito era el improvisado huésped que atraía las curiosas miradas de los comensales del Unicornio.

II.

BARBA AZUL.

—Me diréis al fin, caballero, como habeis venido a parar aquí? repitió el capitán, impaciente por echar de la mesa al gascon luego de sabido su secreto.

Croustillac se llenó un vaso de vino, i levantándose en seguida, dijo en alta voz:

—En primer lugar propongo a esta ilustre compañía un brindis a la salud de una persona que todos amamos, de nuestro glorioso soberano, de Luis el Grande, el mas amable de todos los monarcas.

En aquel tiempo de receloso despotismo, habria sido impolítico, i aun peligroso para el capitán acoger con frialdad la proposicion del caballero; así que, el marino Daniel, i a su ejemplo los demas pasajeros, correspondieron al llamamiento repitiendo a coro:

—¡A la salud del rei! ¡a la salud de Luis el Grande!

Un solo convidado guardó silencio, que fué